



Los límites del trotskismo

NORA CIAPPONI :: 07/09/2007

La discusión abierta sobre Partido evidentemente involucra muchas cuestiones, algunas de las cuales tienen una estrecha combinación con el tema central en debate. Entre ellas, el trotskismo y nuestra corriente como parte del mismo.

Texto fue publicado en 1998 en la revista Debates, editada por el MAS argentino.

Introducción

Creo necesario plantear por escrito mis posturas e interrogantes sobre varias de estas cuestiones, convencida que ello ayudará a encontrar colectivamente las respuestas. Por tanto, mi objetivo central no es polemizar con tal o cual posición, sino confrontar la propia experiencia militante a la luz de las necesidades de nuestros días, incorporando algunas de las reflexiones que otros luchadores del marxismo y el trotskismo vienen desarrollando a nivel mundial.

Rescato, como parte de este esfuerzo de elaboración colectiva, las orientaciones metodológicas planteadas por Cyril Smith, las que considero imprescindibles para guiar un debate como el que estamos abordando. Él expresa, respondiendo a una carta de lector publicada en Revista Herramienta No. 7 (pág. 163 a 170) que critica a Trotsky por la incomprensión que éste tendría de la dialéctica marxista: "...tiene mucha razón al cuestionar la autoridad de Trotsky como filósofo, pero me opongo firmemente a la forma como lo hace. Cuando miramos hacia atrás en la historia de las luchas revolucionarias, debemos ser objetivos, críticos y sin temor a ninguna autoridad, pero también debemos tratar a nuestro pasado con respeto y cuidado. Nuestro propósito debe ser extraer todas las lecciones de esta historia, incluyendo sus errores, no desechar la experiencia ganada con mucha dificultad. Así, si atacamos a Trotsky, debemos hacerlo desde el punto de vista del socialismo revolucionario. Está bien reexaminar, revisar o incluso no aceptar lo que él escribió, en la medida en que nos ayude a sostener su rechazo al orden mundial existente". Y al final de su carta insiste: "...No debemos, pues, aceptar todo lo que dijeron simplemente porque lo dijeron ellos. Pero nuestra obligación es hacerlo mejor que ellos, no simplemente arrojar sus obras a la basura".

Siendo consciente de que el esfuerzo colectivo en esta discusión terminará siendo todo lo "objetivo, crítico y sin temor a ninguna autoridad" que reclama el debate, me guía también el interés de que ello sirva para enaltecer y/o recuperar la firme voluntad revolucionaria que durante décadas forjamos junto a millares de luchadores en todo el mundo, aquella que incentive el profundo repudio al orden mundial existente de este mentado fin de siglo y milenio, y especialmente, para que nuestras reflexiones críticas contribuyan al impulso y construcción de nuevas voluntades transformadoras.

I) LOS LIMITES DEL TROTSKISMO

Mi viaje a Europa ha ayudado substancialmente a afirmar algunas de las apreciaciones que

vengo teniendo en los últimos años, especialmente a partir de la crisis y ruptura del '92, abonadas luego con el trabajo de Andrés Romero sobre el Este, y sin duda, elementos de balance de la experiencia militante. Conocer más de cerca los distintos nucleamientos trotskistas internacionales, sus vicisitudes y crisis, aún cuando algunos de ellos todavía no hayan sufrido estallidos (“Lutte Ouvrière” en Francia), crisis permanente de la LCR, o la prácticamente desaparición del WRP en Inglaterra, nos obligan a profundizar sobre el carácter de la IV, el propio Trotsky, sus objetivos de construcción, como también las prácticas desarrolladas durante décadas dentro del movimiento trotskista.

Correctamente nosotros hoy estamos planteando la necesidad de construir “una nueva organización internacional marxista revolucionaria”, pero no hemos discutido en profundidad las causas que nos llevan a precisar esta orientación. Evidentemente, nuestra propuesta se levanta a partir de constatar un innegable hecho: el trotskismo ha pasado y sigue pasando por una aguda crisis, atomización y sucesivas rupturas...¿Pero cuáles son las causas? Y fundamentalmente: ¿por qué la crisis del trotskismo se agudiza cuando el stalinismo se derrumba? ¿Qué relación existe entre las condiciones objetivas en que se desarrolló el trotskismo, el carácter que dio Trotsky a la fundación de la IV, sus pronósticos, y las consecuencias que tuvieron para el movimiento largas décadas de dominio stalinista? ¿Pueden responderse dogmáticamente a todas estas preguntas con la sola afirmación de condiciones objetivas adversas?

A esta doble última pregunta, respondo que no. Y esta respuesta negativa representa a su vez, un punto de partida para el estudio que debemos profundizar.

El colapso de la II y III internacionales

El 18 de octubre de 1938, Trotsky se refería así a las perspectivas de la IV: “La camarilla del Kremlin necesitó diez años para estrangular al Partido Bolchevique y transformar al primer Estado obrero en una siniestra caricatura. La Tercera Internacional necesitó diez años para abandonar su propio programa y convertirse en un cadáver maloliente. ¡Diez años! ¡Solo diez años! Permítanme terminar con una predicción: durante los próximos diez años el programa de la Cuarta Internacional se transformará en la guía de millones de personas y estos millones de revolucionarios sabrán cómo dar vuelta al cielo y la tierra”. (subrayado mío).

En 1933 Trotsky había definido el colapso de la III Internacional esencialmente alrededor del rol jugado por el stalinismo en la revolución alemana, planteando con fuerza la necesidad de construir la IV. A pesar de los profundos límites en los que se debatía el trotskismo (exilio, implacable persecución, asesinato de centenares de dirigentes, juicios, etc.) había logrado organizar pequeños grupos de cuadros adeptos a su programa y política en unos 20 países, como también se establecían lazos políticos con nuevas organizaciones, algunas de ellas con importante implantación: el SAP, (Partido Socialista Obrero de Alemania), con unos 5.000 miembros, nacido de la escisión del Partido Socialdemócrata en 1930; el OSP, (Partido Socialista Independiente de Holanda) y el RSP (Partido Socialista Revolucionario de Holanda), entre los más importantes. Pierre Broué describe este proceso: “Las organizaciones salidas de la Internacional Comunista y que rompían con la dirección brandlerista, lo hacían en la misma línea del SAP. En realidad, se volvían hacia los nuevos

grupos o partidos que, al comienzo de los años '30, habían nacido de las rupturas a la izquierda en el seno de los partidos socialdemócratas. Las tentativas de reagrupamiento de esos grupos, iban a crear, en 1933, una situación nueva e inspirarían a Trotsky sus primeros esfuerzos por la construcción de la IV Internacional”.

En 1933 se reunía en París, la “Conferencia de organizaciones comunistas y socialistas de Izquierda”, la que tenía sus antecedentes en otra conferencia realizada en Mayo de 1932, en la que habían participado partidos y organizaciones que se mantenían al margen de toda afiliación internacional. La Conferencia de 1932 se había pronunciado a favor de una política de frente único de las organizaciones obreras contra el fascismo fundando una “Comunidad de Trabajo Internacional” (IAG). Por su iniciativa, se convocó a la “Conferencia internacional de las organizaciones obreras contra el fascismo”, que se reunió en agosto de 1933 en París.

Según relata el mismo Trotsky, los participantes a esa reunión venían de orígenes políticos diversos. Algunos rompían con la II Internacional, otros provenían de las filas de la Tercera o tenían un origen mixto o intermedio. Algunos actuaban como partidos independientes; otros se consideraban fracciones y como tales trabajaban. “...Si estas organizaciones hoy se reúnen por primera vez en un Congreso para tratar de encontrar los fundamentos para un trabajo en común, este solo hecho implica que todas admiten abiertamente la necesidad de unificar sobre nuevas bases a la vanguardia proletaria” (Trotsky).

Previamente a la Conferencia de París, Trotsky tuvo decisivas reuniones con algunas organizaciones, lo que culminó en una declaración titulada “Declaración de los 4”, firmada por la Oposición de Izquierda Internacional, el SAP, el OSP, y el RSP (ya mencionados).

Evidentemente, el objetivo de Trotsky era doble: por un lado, ir comprometiendo a estas organizaciones con la construcción de la IV; por otro, lograr que la declaración se convirtiera en una herramienta política hacia la Conferencia para los mismos objetivos. La redacción del texto de los “4” reflejó acuerdos importantes: 1) la necesidad de unir fuerzas por la regeneración del movimiento proletario revolucionario a escala internacional; 2) la necesidad de romper con la política reformista luchando por la conquista del poder y la implantación de la dictadura proletaria; 3) el carácter internacional de la revolución y la condena a la teoría del “socialismo en un solo país”; 4) la condena a la Comintern; 5) el peligro mundial del fascismo, etc. El texto terminaba proponiendo la formación inmediata de la IV Internacional, exigiendo que no se debía tolerar ninguna conciliación con el reformismo o el centrismo. Reafirmando que por su base de clase y por sus fundamentos sociales y por las formas de propiedad, la URSS “seguía siendo un Estado obrero”. Por último, el texto llamaba a que la nueva Internacional y los partidos que adhirieran a ella basaran toda su vida interna en el centralismo democrático.

En el mismo texto se planteaba que quienes firmaban dicha declaración habían creado una comisión permanente de delegados representantes para elaborar un manifiesto programático, el que debía ser base principista de la nueva Internacional.

La Conferencia no logró ninguna adhesión más que la de “los 4”, y los propios firmantes entraron en flagrantes contradicciones en la misma. Haciendo el balance Trotsky plantea que: “... la declaración de los cuatro era el único resultado serio de la Conferencia”, aunque

más adelante refiriéndose al tema considera:...”No podemos pasar por alto el hecho de que dos de nuestros aliados (el SAP alemán y el OSP holandés) no sólo se unieron al bloque de los cuatro que firmó la declaración sino también al comité de la mayoría.....Nosotros, la Oposición de Izquierda, no podemos esperar y no esperamos nada positivo de este Comité...”.

Siguiendo la misma política, Trotsky se manifiesta en todos sus textos con posiciones muy intransigentes y duras contra las corrientes “centristas” y de “derecha” que se opusieron en la Conferencia a la construcción de la IV, sin lograr explicar políticamente porqué dos de los propios integrantes de la declaración de “los 4” habían votado junto a la “derecha”. En dicha Conferencia habían participado 14 partidos, organizaciones y grupos de origen y tendencias muy heterogéneas, las que reflejando la profunda crisis de la II y la III y rompiendo con ellas, buscaban un nuevo camino para el reagrupamiento.

El texto votado planteaba: “Considerando la bancarrota de la política y la organización de la Segunda y de la Tercera Internacional, los obreros socialistas del mundo se ven más que nunca enfrentados al enorme objetivo y la imprescindible tarea de regenerar el movimiento internacional de la clase obrera y recuperar la unidad internacional de esta clase sobre una base socialista revolucionaria. Hay que dar un primer paso reuniendo un Congreso mundial que represente a todas las organizaciones que acepten la base de la lucha revolucionaria para la realización del socialismo. Este Congreso mundial tendrá como objetivo principal el análisis de una exposición general de los principios y la política de la acción revolucionaria efectiva, que será preparada y sometida a consideración de los partidos por los partidos socialistas independientes. Estos partidos tomarán la iniciativa de convocar al Congreso en fecha a determinarse posteriormente, y llamará a participar del Congreso a todas las organizaciones obreras”.

Trotsky la caracterizó como de carácter “platónico, decorativo” (!). Para él no bastaba denunciar a la II y a la III, ni tampoco admitir la necesidad de una nueva, sino que era necesario aclarar qué Internacional se quería. Así se negaba a construir cualquier programa en compañía de los “derechistas”, ya que significaría “sembrar el caos y la desmoralización ideológica en lugar de la necesaria y escueta claridad” (Trotsky).

Aunque Trotsky había caracterizado la reunión de “los 4” como “un firme núcleo para una nueva internacional”, nunca se realizó la reunión programada para redactar el manifiesto y las tesis de fundación de la IV, extinguiéndose dicho nucleamiento. Luego de la Conferencia de París, uno de los 4, el RSP de Holanda, dirigido por Sneevliet, (el único que se había mantenido fiel a la declaración de los 4), ingresa a la Oposición de Izquierda Internacional y forma parte del Secretariado de la misma.

Trotsky versus Lenin

En los primeros meses de 1935, se realiza una nueva Conferencia Internacional de la IAG, que rechaza nuevamente la construcción de la IV. Respondiendo a las dudas existentes en la propia Oposición de Izquierda, Trotsky hace comparaciones con lo que representaron las Conferencias de Zimmerwald (1915) y Kienthal (1916) y el papel de Lenin en ellas (conferencias que precedieron a la formación de la III Internacional), planteando que: 1) Zimmerwald se había realizado durante la guerra, 2) que la inmensa mayoría de los

centristas que allí estuvieron hablaban sobre la lucha por la paz y el desarme, pero luego se pasaron al campo del nacionalismo...que sólo una minoría de centristas, individuos aislados, evidenciaron su disposición a confraternizar con los “enemigos” de su país....y que de esta manera la composición de Zimmerwald estuvo sometida a la implacable selección hecha bajo las condiciones de guerra....3) Que no había en aquella época verdaderos revolucionarios que comprendieran hasta sus últimas consecuencias los objetivos de la pelea....que la mayoría de ellos atravesaban entonces la etapa centrista, no contándose otros compañeros políticos para dar los primeros pasos a la conformación de una internacional...4) “Nuestra situación actual es fundamentalmente diferente de aquella del pasado. Todavía no hay guerra. Hoy, en época de paz, es necesaria una selección revolucionaria doblemente estricta. Los criterios que orienten esta selección deben ser la claridad teórica y una práctica acorde con la teoría.... Más aún, 1935 no es 1915. ..En todos los países existen ahora verdaderas organizaciones y grupos revolucionarios que se constituyen al calor de la lucha contra el reformismo y el stalinismo. Su número y fuerza aumentan....”

Lenin había caracterizado a la Conferencia de Zimmerwald como “un primer paso en el desarrollo del movimiento internacional contra la guerra”, aún cuando dicha Conferencia terminó rechazando la mayoría de las propuestas de Lenin. Posteriormente, en Kienthal se actúa de manera más cohesionada, lo que permite que se apruebe una resolución que criticaba al socialpacifismo y la actividad oportunista del Buró Socialista Internacional. Para Lenin, lo fundamental era la ruptura con los dirigentes de la II y la II y media (Kautsky), para lo cual se apoyaba en los más heterogéneos y oscilantes sectores para dar el combate contra el oportunismo de ambos. Años después, refiriéndose a estos dos eventos, planteó que estuvieron a punto de fracasar porque sus integrantes no se planteaban francamente la lucha contra el oportunismo, como tampoco la necesidad de romper con él. De allí su paciente y tenaz pelea política, la que en ningún momento puso condiciones para que se conformara una nueva Internacional bajo el conjunto de su programa.

Y aunque en distintos textos Trotsky rescata ambas Conferencias Internacionales (Zimmerwald y Kienthal) como pasos progresivos hacia la formación de la III, su propia política hacia el IAG en vísperas de la II Guerra, fue la opuesta a la de Lenin: contra viento y marea insiste en construir inmediatamente la IV Internacional, bajo el centralismo democrático, a la par de condenar toda expresión de “centrismo” como “claudicante” y “traidor” a la clase obrera mundial. Y aunque el mismo Trotsky había esperado hasta 1933 para llegar a conclusiones definitivas sobre el papel contrarrevolucionario de la Comintern (cuestión que le había merecido correctas críticas por parte de algunos participantes del IAG), fue ultimativista con aquel progresivo nucleamiento que aún no veía la construcción inmediata de una nueva organización internacional.

Así, en un intercambio de cartas que Trotsky tiene con Sneevliet (dirigente del RSP de Holanda) sobre la Conferencia de 1935, éste le reprocha a Trotsky el grave error de no haber participado en la misma, a la que considera progresiva, y llama a “considerar la posibilidad de que las secciones más numerosas de la oposición de izquierda entren en la IAG”. Respondiéndole, Trotsky vuelve a insistir en sus opiniones terminantes sobre los “centristas”, y reafirma la necesidad de construir la IV Internacional.

Esta equivocada orientación alcanzó su más alta expresión en la relación y política hacia el POUM en España, lo que intensificó aún más la crisis con aquellas organizaciones que respetando mucho a Trotsky fueron tomando distancia de él. El POUM que tenía 40.000 miembros no estuvo de acuerdo con la táctica propuesta por Trotsky de ingresar a las filas del partido Socialista, lo que llevó a la ruptura entre ambos. El POUM fue defendido por Sneevliet (que rompe luego con Trotsky al momento de fundarse la IV), Víctor Serge y otros, a los cuales tanto Cannon como Trotsky se dirigieron duramente, al igual que hacia el POUM. Como correctamente señala Venturini en su artículo “El mito del centralismo democrático”, el trotskismo perdió en España la inmensa oportunidad de enraizarse en uno de los más importantes movimientos revolucionarios del siglo.

La formación de la IV Internacional

Se iba llegando de esta manera a la conformación de la IV en un marco cada vez más estrecho, el que acentuaba los rasgos sectarios del movimiento. Los escritos preliminares a la fundación de la IV Internacional de 1938, son reveladores en este sentido. Trotsky y Cannon cierran filas contra toda “negociación” con los “centristas”, afirmando que si bien la IV es una Internacional débil, es una Internacional. “...La línea general es nuestro propio desarrollo. Tuvimos una prueba en España respecto a todas estas organizaciones intermedias....” (Trotsky)

Evidentemente el intercambio de discusiones entre Trotsky y Cannon reflejaban las profundas dudas existentes entre los militantes trotskistas, lo que redoblaba los esfuerzos para convencer de la necesidad de romper con las organizaciones “intermedias”. “...Creo que la Conferencia (de la IV) tiene que formular su línea política y decir a todos: Aquí está nuestro programa y nuestra plataforma. Aquellos que están con nosotros que lo hagan sobre estas bases. Los otros que sigan su camino...” (Cannon).

Derrotada la revolución europea, consumado el triunfo de la contrarrevolución stalinista en la URSS y en vísperas de la II Guerra Mundial, un puñado de trotskistas representantes de pequeños núcleos en varios países, funda la IV Internacional con centralismo democrático en 1938.

La segunda guerra mundial y el papel del trotskismo en ella (analizado por Moreno en la década del '80), iban a representar sin embargo, la prueba política más importante y decisiva para la IV. A diferencia de España y Alemania, procesos en los que Trotsky había llevado adelante una política correcta contra los regímenes totalitarios, cometió el error de caracterizar que la II Guerra Mundial era de carácter interimperialista (similar a la Primera), desconociendo que en la Segunda lo esencial era el enfrentamiento entre regímenes, lo que las masas por otra parte, supieron distinguir correctamente colocándose claramente en la lucha contra el fascismo. ¿Cómo convencer de que el triunfo del fascismo “era el mal menor” cuando se desarrollaban los campos de concentración, los asesinatos en masa y las torturas, acompañado todo por la más absoluta prohibición de las libertades? ¿Cómo no ver que se le planteaban al proletariado nuevas tareas (democráticas) producto de la lucha contra regímenes totalitarios? Mientras la Primera Guerra Mundial se había desarrollado entre potencias democráticas, en la segunda (señalaba Moreno), surgía algo nuevo y cualitativo además del enfrentamiento interimperialista: los partidos y gobiernos

fascistas. ¡Abajo el fascismo! surgía como la principal gran tarea, dentro de la cual los trotskistas tenían la posibilidad de convertirse en el ala revolucionaria del masivo movimiento antifascista que se desarrolló en toda Europa. Así el trotskismo, producto de hacer una falsa analogía con la Primera Guerra Mundial y las condiciones que de ella se derivaron para el triunfo revolucionario del '17 en Rusia, no sólo no vio realizados sus pronósticos de que en diez años los trotskistas sabrían “dar vuelta el cielo y la tierra”, sino que salió de la guerra completamente debilitado, lo que se combinó con el asesinato de Trotsky.

La IV Internacional fue lanzada además, con la irrenunciable caracterización y defensa del “Estado obrero degenerado” en la URSS (sostenida luego durante décadas por la mayoría del trotskismo), lo que impidió que se rompiera clara y tajantemente no sólo con los dirigentes stalinistas y sus siniestros métodos, sino con lo que allí se “construía”. El movimiento trotskista de conjunto, por tanto, no se afirmó como una clara alternativa revolucionaria y socialista independiente, tanto en su teoría, programa como acción y métodos de construcción, lo que lo llevó a cumplir en importante medida y durante largas décadas, el papel de una corriente de “oposición” al stalinismo.

Sin una valoración crítica de los pronósticos, y especialmente de las consecuencias organizativas y políticas que ello traía para la construcción de la Internacional y los partidos (marginalidad del movimiento de masas aplicación mecánica de las “21 Condiciones de la III Internacional”), el trotskismo sin Trotsky siguió sustentando y desarrollado fuertes elementos de dogmatismo y sectarismo, lo que fue retroalimentado por la influencia en el tiempo del stalinismo, “moldeando” todo ello, aún en sus desigualdades, el carácter de los agrupamientos trotskistas. Finalizada la II Guerra Mundial (sin revolución socialista), se imponía un balance teórico, político y de construcción, el que debía preceder un profundo giro que no fue realizado. Por el contrario, siguieron desarrollándose todo tipo de sectas nacionales e internacionales que atadas dogmáticamente a las elaboraciones de Trotsky reprodujeron a lo largo del tiempo, por fuera de las condiciones de la lucha de clases y del nivel de inserción en el movimiento de masas, una falsa concepción y práctica supuestamente “leninista” de construcción de la Internacional y los partidos.

Así, el alerta del propio Trotsky en el Programa de Transición en 1938: “...La mayoría de los grupos y camarillas sectarios que se alimentan de migajas caídas accidentalmente de la mesa de la Cuarta Internacional, llevan una existencia organizativa “independiente”, con muchas pretensiones, pero sin la menor posibilidad de éxito...”, representaron algo más que meros “accidentes” o “migajas”, ya que se desarrollaron a lo largo de décadas con todo tipo de consecuencias. Y más allá de los alertas de Trotsky contra el sectarismo, como de sus intentos por evitar este camino orientando a sus organizaciones hacia el entrismo en los partidos socialistas, es ésta la realidad que se impuso.

Se podrá plantear que estas conclusiones son unilaterales porque sólo toman un aspecto de nuestro movimiento (el sectarismo o el dogmatismo) y no explican por qué surgieron todo tipo de corrientes oportunistas en su seno. Sin que sea éste el problema que pretendo desarrollar en la minuta, quiero igualmente dejar planteada sintéticamente mi posición al respecto. Creo que el movimiento trotskista desde su fundación se debatió siempre en una flagrante contradicción (no sólo impuesta por la indiscutible fuerza del stalinismo):

convertirse en un movimiento marxista revolucionario, teórica y prácticamente independiente del stalinismo, o de “oposición” a él. Esta contradicción o “dualidad”, nunca fue resuelta, lo que permitió un amplio espacio para el desarrollo de corrientes como el Pablismo que fueron más lejos que nadie al considerar que los P.C. podían cumplir un papel revolucionario, u otras corrientes, que reivindicándose del campo de la “ortodoxia” hacían una defensa abstracta y religiosa del programa, a la par de claudicar a los aparatos contrarrevolucionarios stalinistas o de otro signo. A ello contribuyó sin dudas, la defensa del “Estado obrero”, sostenida durante 70 años.

¿Ruptura con el trotskismo?

Estas críticas a Trotsky y el trotskismo, nada tienen que ver con alguna intención de “romper con él”, y menos que menos dejar de considerar que el trotskismo, (aún con todos sus errores y límites) fue un movimiento de carácter progresivo. De manera prácticamente solitaria, mantuvo viva en el movimiento obrero la conciencia de que el capitalismo pudiera ser derrotado y construido el socialismo mundial. En la más implacable persecución, representó un firme hilo conductor de las luchas emancipadoras de la clase trabajadora mundial, a la par de haber sostenido bases de continuidad con la teoría y el programa marxista. Millares de revolucionarios en el mundo entramos a esta valiosa corriente luego de buscar incesantemente una expresión independiente del stalinismo en sus distintas variantes (maoísta, castrista, etc.) o de los movimientos nacionalistas burgueses. Fue este hilo conductor el que nos permitió mantenernos a pesar de todos los contratiempos y dificultades, fieles a la clase obrera. Ello, es real, no bastó. Los acontecimientos del 89-90 no sólo derrumbaron al stalinismo, sino también dieron una paliza a los “opositores” trotskistas, lo que abrió como un abanico nuevos interrogantes y cuestionamientos que antes no pudimos o no supimos encontrar. Alentó todo ello una formación teórica en gran medida apegada al trotskismo, lo que se ha revelado no sólo fuente de falsas ideas y concepciones, sino también ajena al marxismo (la experiencia bolchevique por ejemplo). Es con estos límites con los que debemos romper: los nuestros.

II) NUESTRA CORRIENTE “MORENISTA”

Este capítulo pretende ser breve, ya que lo central para mí es sentar puntos de debate para un balance de la IV y el trotskismo, marco imprescindible para analizar nuestra propia corriente, lo que espero podamos realizar de manera conjunta con otras organizaciones que son parte de la misma tradición.

Creo que la corriente “Morenista” fue parte del llamado “trotskismo ortodoxo”, y como tal, sin superar cuestiones fundamentales de la teoría, programa y construcción de la IV y sus partidos, tiene el mérito de haber enfrentado la lucha contra el dogmatismo y el sectarismo del propio movimiento trotskista. Así, el esfuerzo por analizar las revoluciones de posguerra a la luz de la teoría-programa de la Permanente, el balance crítico sobre la política de Trotsky en la segunda guerra mundial, como muchas otras elaboraciones realizadas al calor de procesos fundamentales de la lucha de clases, son jalones importantes en el esfuerzo por adecuar la teoría y el programa a las nuevas realidades. Esto llevó a que Moreno fuera atacado muchas veces de “revisionista” por todas aquellas organizaciones provenientes del trotskismo que supuestamente defendían a capa y espada la letra escrita de Trotsky. Esta

reivindicación más general no significa que coincida globalmente con las elaboraciones o revisiones de Moreno. Por el contrario, creo que:

1) Fuimos más lejos que ninguna otra corriente del trotskismo en pintar una crisis sin salida del capitalismo y los aparatos, condiciones que supuestamente abrían las condiciones a nuevos triunfos revolucionarios, los “febreros” y “octubres”, subestimando los propios límites que a lo largo del siglo manifestó la clase obrera en cuanto a independencia, organización y conciencia. 2) Utilizando abusivamente las analogías y “modelos” caímos en interpretaciones equivocadas de los procesos revolucionarios, a la par de no desprendernos de la caracterización y defensa del “Estado obrero” de la URSS. 3) Creímos como la mayoría del trotskismo, que resolver la “crisis de dirección revolucionaria” (confuso concepto en Trotsky) se lograba esquemáticamente haciendo crecer al Partido, u ocupando puestos de dirección. Y aunque nos distinguimos de otros sectores de izquierda aprendiendo de la propia clase, caímos en prácticas sindicalistas o sustitucionistas de ella en la “pelea por la dirección”. 4) Fuimos centralistas-democráticos” como el que más, pudiendo encontrarse en nuestro régimen e historia todo tipo de ejemplos: buenos y muy malos. No escapamos por tanto del régimen interno de “secta”, aunque nuestra corriente de conjunto tenga diferencias notables con el healysmo, el lambertismo u otros. 5) Llevamos adelante políticas y prácticas que entre otras cuestiones, no impulsaban la elaboración individual y la opinión crítica, lo que rebajaba la formación de dirigentes y cuadros que nos acostumbrábamos a “recibir línea” o a integrar elaboraciones a un “consenso superior”, el de Nahuel Moreno, todo lo que trajo consecuencias trágicas a su muerte, al estar incapacitados para enfrentar las diferencias con un método sano y constructivo. 6) Todo ello fue abonado porque desde la década del ‘80 nuestra corriente abandonó en gran medida, la investigación y elaboración marxista que la había caracterizado, así como también la formación marxista de dirigentes y militantes, tras el imperioso objetivo de “aprovechar la oportunidad” de construir un partido con influencia de masas en nuestro país. Así, los cambios mundiales que se venían produciendo desde mediados de la década del ‘70 fueron “acumulándose”, sin que avanzáramos en su estudio y respuestas, a la par de ir construyendo un partido con importantes desequilibrios en las tareas que abordaba.

Nuestra corriente se destacó sin embargo a lo largo de toda su historia, en dos aspectos que es necesario rescatar con toda fuerza: 1) el afán permanente y sostenido de construirnos en el movimiento de masas, buscando afanosamente las políticas, tácticas, procedimientos y mecanismos que nos permitieran enraizarnos y ser parte del movimiento real de los trabajadores y la juventud. De un baluarte del trotskismo en Villa Pobladora, pasando por el entrismo en el peronismo, el salto de la clandestinidad a la legalidad en 1972-73, la construcción del PST al calor de la vanguardia clasista y juvenil, etc. Fue esta “acumulación” acompañada de una alta moral, la que nos permitió resistir y sostener al propio Partido durante el golpe de Estado, como también postularnos y crecer en la década del ‘80, a pesar de las dificultades, errores y golpes sufridos en pérdidas de valiosos cuadros, desaparecidos, o detenidos en el Proceso. 2) Una concepción y práctica internacionalista permanente, que llevó aún siendo un pequeño núcleo, a intervenir de manera directa y destacada en procesos revolucionarios como el del campesinado peruano en la década del 60, a través de varios cuadros, entre ellos Hugo Blanco, que se hizo reconocido dirigente a nivel latinoamericano, o la formación y participación en la Brigada Simón Bolívar en los finales de la década del 70 cuando éramos todavía parte del S.U. Y

aunque será necesario balancear la política que nos dimos en la construcción de una organización internacional en las distintas etapas de nuestra historia (a la luz del balance del trotskismo), ello no oscurece el innegable mérito que tiene nuestra corriente de haber luchado siempre por dotarse de una política y estrategia internacional de construcción, distintiva en este sentido de las corrientes del trotskismo argentino como P.O., “Lutte Ouvriere” en Francia u otros, que durante décadas se mantuvieron al margen de esta fundamental tarea.

III) ¿QUE ORGANIZACIÓN REVOLUCIONARIA CONSTRUIR?

Este debate que cruza a todas las organizaciones marxistas mundiales, representa sin dudas uno de los temas más difíciles de encarar. Enfrentados a los profundos cambios sufridos por la clase trabajadora, a los balances que rondan en nuestras cabezas y comienzan a tomar alguna forma aquí y allá, es necesario hacer todos los esfuerzos por integrar al debate las nuevas experiencias de lucha y organización de los trabajadores argentinos y del mundo, como de los diversos procesos y movimientos sociales, políticos, culturales, juveniles, etc., a fin de extraer conclusiones y enseñanzas. Y aunque las distintas corrientes de la izquierda tenemos una muy débil implantación en el movimiento de masas, esta necesidad de seguimiento, intervención y aprendizaje se acrecientan, dado que las dificultades que enfrentamos para construir los instrumentos que sirvan a la transformación revolucionaria no nos son “propias”, sino que ellas son parte indisoluble de los grandes problemas y desafíos que enfrenta la propia clase trabajadora para su recomposición.

Por otra parte, en varias partes del texto me he referido a la categoría de secta sin detenerme en ello. Hace un tiempo leí un importante trabajo en la Revista Internacional del P.O. (“En defensa del marxismo”), firmado por un dirigente que fue expulsado del P.O.R. de Lora en Bolivia; el que realiza un interesante estudio sobre la secta, estudio que creo, trasciende al propio P.O.R. Más recientemente tuve acceso a un texto de Hal Draper, dirigente ya fallecido que rompió con el SWP de EE.UU., el que fue publicado en la Revista española “Iniciativa Socialista” número 49, el que no sólo aporta conclusiones fundamentales, sino que ellas tienen mayor validez porque están escritas hace largo tiempo, y con las que en líneas generales coincido. El autor parte de que es necesario un centro político, pero rechaza que dicho centro deba convertirse necesariamente en una secta. Bajo un subtítulo denominado “La anatomía de la secta” plantea :“...La secta se autocoloca en un alto nivel (muy por encima de la clase obrera) y se sostiene sobre una escasa base, ideológicamente selectiva (y habitualmente externa a la clase obrera). Proclama su carácter obrero basándose en sus aspiraciones y en su orientación, no por su composición social ni por su modo de vida. Comienza entonces a intentar arrastrar a la clase obrera hasta su nivel, o hace un llamamiento a esa clase obrera para que lo alcance. Desde dentro de sus fronteras orgánicas, envía al exterior a exploradores para que contacten con la clase obrera, y a misioneros que conviertan a dos aquí y a tres allá. La secta se imagina convertida algún día en un partido revolucionario de masas, ya sea por un crecimiento paulatino, por la unidad con otras dos o tres sectas o quizá por algún proceso de entrismo.

Marx, por el contrario, opinaba que los elementos de vanguardia debían evitar, ante todo, la creación de muros orgánicos entre ellos y el movimiento de la clase. La tarea no era elevar hasta el “Programa completo” a dos trabajadores aquí y a tres allí (y menos aún a dos

estudiantes aquí y a tres intelectuales allí), sino buscar las palancas que puedan servir para impulsar a toda la clase, o a sectores de ella, hacia niveles más elevados, tanto en el ámbito de la acción como en el de la política. La mentalidad de secta ve su santificación únicamente en su programa completo, precisamente en lo que lo separa de la clase obrera. Si, ¡Dios no lo permita!, alguna de sus consignas comienza a hacerse popular, inmediatamente se asusta: "Algo debe estar pasando. Debemos haber capitulado a alguien". El enfoque de Marx era todo lo contrario. La tarea de la vanguardia era precisamente poner en marcha consignas que pudiesen ser populares en el nivel real alcanzado por la lucha de clases en un momento determinado, poniendo en movimiento al mayor número de trabajadores que fuese posible... el principio vital de un partido revolucionario de masas no es simplemente su Programa completo, que puede copiarse sin más por un activista mecanógrafo y puede ser ampliado o reducido como un acordeón. Su principio vital es su involucración integral como una parte del movimiento de la clase obrera, su inmersión en la lucha de clases no por la decisión de un Comité Central, sino porque vive en ella. Este principio vital no puede imitarse o miniaturizarse; no se reduce como un dibujo animado ni se encoge como una camisa de lana....."

Indudablemente, nosotros (no me refiero sólo al MAS), estamos peligrosamente recorriendo este camino, más allá de las intenciones, las elaboraciones, o la propaganda que se hace para alejarnos de él. Corremos el inmenso y real peligro de crear cada vez más altos muros que nos separen del movimiento popular, aún cuando el mismo esté plagado de numerosas confusiones y enfrentado a inmensos desafíos para resolver la crisis en que está inmerso. A la par de desechar todo lo viejo que la propia realidad y nuestra experiencia ha hecho caducar, es necesario enfrentar las nuevas tareas. Ello no puede hacerse en un frío laboratorio ajeno a la clase trabajadora, a veces "exigiendo", otras "lamentando" que la misma no llegue en su conciencia hacia nosotros. Tampoco podrá lograrse con llamados o resoluciones de organismos partidarios superiores. Es necesario, más que nunca, formar teórica y políticamente los cuadros que sean capaces de desarrollar en cada esfera de la actividad, las más amplias y diversas experiencias, sin temor a la prueba y al error, munidos de diversas herramientas teóricas y políticas que permitan comprender la nueva realidad. De esta manera lograremos que los cambios que necesitamos producir nos permitan superar viejos errores y afrontar los nuevos desafíos. Ello exigirá a cada militante, equipo, zona o regional, encontrar las distintas variantes que permitan enraizarnos en los movimientos culturales, sociales, sindicales o políticos, de una manera amplia y flexible. Nadie de nosotros tiene una idea acabada de "lo nuevo". Como siempre ocurre, es más fácil desechar viejas herramientas e ideas que la nueva realidad ha desterrado, que dar resueltos pasos en el camino hacia lo nuevo.

Sin lugar a dudas, aún cuando tengamos muchos interrogantes sobre el tipo de organización revolucionaria a construir, considero necesario partir de una central premisa negativa que alcanza hoy, a la luz del balance, dimensión programática: el rechazo a la construcción de una secta.

Lejos de que esta firme decisión pueda dar respuesta positiva a qué tipo de organización construir, es indiscutible que ella puede ayudar sustancialmente a desechar lo caduco y abrir camino a lo nuevo, ya que puede representar, como negación, una útil palanca para la discusión y posible acción transformadora.

* *Nora Ciapponi militó en la corriente Morenista durante 40 años. En el 2002 se retiró del MAS argentino. nuevo_rumbo@yahoo.com.ar*

https://www.lahaine.org/est_espanol.php/los_limites_del_trotskyismo